

—Tú, Rodolfo, es posible que no te acuerdes, pero hace muchos años —bueno, no tantos, que tampoco somos tan viejos—, me diste una opinión que condicionó bastante mi modo de pensar ante algunos comportamientos. Fue una tarde, a la salida de un concierto organizado por el colegio mayor donde residíamos, en la que me hablaste de mis, según tú, grandes condiciones para la melodía.

—Claro que me acuerdo, y no sólo te lo aseguré en aquella ocasión, sino que te he manifestado varias veces más que tienes, o tenías, que ahora ya eres un carcamal, unas grandes facultades para la música, y que si te hubieses dedicado a ella habrías tenido un gran éxito.

—Aquellas palabras tuyas se clavaron muy dentro de mí, hasta el punto de que estuve a punto de dejar los estudios de medicina y dedicarme a combinar sonidos con armonías, ritmos y cadencias, e intentar componer sinfonías, sonatas o conciertos.

—¿Y por qué no lo hiciste, Juan?

—Porque pronto vi que aquello podría ser una locura. Que como afición estaría bien, pero que yo no tenía el entusiasmo, o la ilusión necesaria, y creo que ni las condiciones, que sí me parecía poseer para los estudios que había elegido. Ya sabes: el *nosce te ipsum* del Oráculo de Delfos, que citaba Sócrates. Los proyectos importantes hay que valorarlos muy bien y obrar con rigorismo, para ejecutar el más apropiado o conveniente, sin dejarse llevar por

Roguemos

Ramón Serrano G.

devaneos o apariencias engañosas.

—Pero, ¿por qué sacas a colación ahora aquella anécdota si me permites llamarla de ese modo?

—Pues porque con el paso de los años me ha sucedido algo con un individuo, al que con tu permiso no voy a identificar, aunque le llamaremos Jorge para referirnos a él, que está relacionado de cierta manera con esa anécdota a la que he aludido anteriormente, o sea creer que la esencia de una persona es como nosotros creemos. Yo siempre pensé que esa persona era proclive a un determinado comportamiento, que tampoco voy a desvelar, y en cada acto suyo yo creía ver indicios, claros y elocuentes, de esa filia suya. He de reconocer que mi visión sobre su manera de obrar estaba condicionada, y bastante, por mi criterio, nada ecuánime como te acabo de manifestar.

—Y este prejuicio se vio incrementado considerablemente cuando, hace un par de años, quizá más, un amigo común me vino con el chismoteo de que habían cogido a Jorge in fraganti haciendo aquello que yo tenía la certeza que era su auténtica pasión. Piensa lo que quieras: bebiendo, flirteando, o jugando en el casino.

—¿Por qué no me dices qué era? —le interrumpió Rodolfo.

—Porque la esencia del pecado no afecta para nada en lo que nos ocupa. Lo que sí hizo fue incidir profundamente en mi creencia, que tomó ya verdadero cuerpo. Y en ella me he mantenido hasta hace unas semanas, que por una extraña circunstancia he podido comprobar de manera fidedigna que nuestro Jorge no era, ni es, bebedor, mujeriego o jugador, y que la imagen que teníamos de él estaba distorsionada ya que la habíamos tomado a través de un cristal, poco limpio.

—Y esto, continuó, aún siendo de distinta entidad, me recordó lo tuyo, y ambas cosas me han llevado a pensar en que muchas gentes tenemos —y bienaventurado quien no sea de ese modo— la mala, no, la pésima costumbre de juzgar a los demás muy a la ligera. Tanto, que al hacerlo, no nos detenemos en aquilatar minuciosa y detalladamente la actuación de cada uno, o de aquel a quien juzgamos, y tomamos decisiones, y emitimos juicios, basándonos en apariencias que a nosotros nos parecen irrefutables, pero que valen lo que una gota en el océano.

—Entonces, apoyándonos en tan inconsistente base, juzgamos demasiado a la ligera a quien sea y nos atenemos al veredicto, las más de las veces

erróneo o excesivamente riguroso, para decidir cuál es su forma de ser, dándole así el trato que merece según nuestro pensar, su condición y su supuesta naturaleza. Y aunque parezca increíble, vivimos tan tranquilos en la creencia que somos personas justas y mesuradas. De ello nos jactamos, sí, pero no lo somos.

—Caray, Juan, estás poniendo la romana por lo mayor. Debemos ser un poco tolerantes.

—Debiéramos serlo, en efecto, pero no lo somos. Recuerdo lo dicho por Sor Juana Inés de la Cruz: *Hombres necios que acusáis...sin razón...* No es que estemos dispuestos a perdonar, que, siendo lo deseable es una opción que en escasísimas ocasiones elegimos, aunque ese es distinto tema, sino que, por el contrario, acusamos, juzgamos a nuestro albedrío, y luego ejecutamos la sentencia que forja nuestro magín con el mismo rigor que lo haríamos si fuésemos comisarios de la Inquisición. Y ¿sabes lo que más me duele de esta manera de obrar que tenemos? Que tras nuestras ligerezas, tenemos la conciencia tranquila, vamos a casa y dormimos como benditos, mientras que al pobre que hemos vapuleado de modo inmisericorde, anda arrastrando la mala fama y las penas que nuestro liviano criterio le han endilgado. Y en esas suele rodar el mundo en que vivimos.

—Roguemos pues y entonces, amigo Rodolfo, para que no nos alcance a nosotros ese mal.



El color ya ha llegado a Tomelloso

Acércate por nuestra tienda y te regalaremos una lata planta.



Ctra de Toledo a Albacete nº 33
13700 • TOMELLOSO (Ciudad Real)
Tel y fax 926 501 688
cyptomelloso@colorypintura.es
www.colorypintura.com

GRATIS
UNA LATA PLANTA
Duración de la promoción hasta 30/9/2015
o hasta fin de existencias.

